

EL PCM Y LA NACIONALIZACIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO DURANTE LA PRESIDENCIA DE LÁZARO CÁRDENAS

Jorge Gómez Izquierdo

RESUMEN

En este texto se ilustra cómo el éxito de la política de masas del cardenismo se debió, en gran medida, al papel desempeñado por el PCM en el movimiento obrero durante los cruciales años de 1936-38. Poco reconocido en la historiografía de la época, el aporte comunista a la consolidación de la hegemonía del Estado sobre las masas organizadas consistió, básicamente, en la entrega incondicional de la dirección del movimiento obrero a los grupos progobiernistas dentro de la CTM y a la subordinación a la ideología nacional/revolucionaria.

ABSTRACT

This article argues that the success of the mass politics of Lázaro Cárdenas was due, in large part, to the role played by the Mexican Communist Party in the labour movement in the crucial years of 1936-38. Little recognized in the historiography of the period, the Communist contribution to the consolidation of the hegemony of the state over the organized masses consisted basically in the unconditional surrendering of the leadership of the labour movement to the pro-government groups in the CTM and subordination to the national-revolutionary ideology.

El proceso de unificación del movimiento obrero y campesino, impulsado por el presidente Lázaro Cárdenas entre 1935 y 1938, basó gran parte de su éxito en el cambio de orientación política del Partido Comunista Mexicano (PCM), cambio que se simboliza en la adopción de la consigna "unidad a toda costa" a mediados de 1937.¹ En tanto organismo que representaba a los obreros y campesinos, el PCM tuvo que optar entre continuar una línea

independiente o adecuarse a las condiciones que imponía la campaña nacionalista y de formación de un frente popular encabezado por el Estado nacional/revolucionario.

Consideraciones de carácter nacionalista llegaron a pesar más en la voluntad de los comunistas, que la exigencia por defender los intereses autonómicos de un movimiento obrero y campesino en plena movilización. Por rendirse a la política nacionalista del Estado, se comprometió para siempre la independencia de las organizaciones sindicales. La línea de “unidad a toda costa” que identificaba en el régimen cardenista la versión mexicana del “frente popular antiimperialista”, fue impuesta por la Comintern, a través del Partido Comunista de Estados Unidos. Esta situación empujó al PCM a subordinar los intereses de la clase obrera a las necesidades impuestas por la defensa de la nación, lo que se manifestó como un abierto e incondicional apoyo al presidente Cárdenas. Eso condujo al mencionado partido a dejar en manos de agentes del gobierno la dirección de la naciente Confederación de Trabajadores de México, cediendo ante líderes como Vicente Lombardo Toledano y Fidel Velázquez. En consecuencia de ello, el desprestigio del PCM creció aceleradamente entre los trabajadores, en quienes provocó reacciones de “apatía y desmoralización”, agudizadas, también, por las “crecientes muestras de carrerismo y corrupción en el partido”.²

Gran parte de la influencia que llegó a tener el PCM desde 1928 hasta la mitad del sexenio cardenista se debía, sin duda, al prestigio ganado por sus dirigentes en el movimiento sindical. Los líderes más destacados del PCM provenían del movimiento obrero y habían logrado importantes posiciones directivas en los sindicatos de las grandes industrias.

Alicia Hernández, analista de los mecanismos políticos empleados por Cárdenas, nos informa acerca del origen y actividades de los más destacados dirigentes comunistas:

Valentín Campa y Tomas Cueva ferrocarrileros de Monterrey, ambos miembros de la Alianza de Ferrocarrileros, antes de comunistas habían sido activos sindicalistas [...], Cueva fue dirigente de la Federación de Trabajadores de Nuevo León y Campa secretario general de la Confederación Sindical Unitaria

de México. Hernán Laborde [era un] activísimo líder ferrocarrilero [...], Agustín Guzmán Vaca había sido uno de los organizadores del Sindicato de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos de la República Mexicana [...]. También Enrique Díaz se había distinguido como trabajador metalúrgico en Monterrey [...], Andrés Cruces, minero de Hidalgo [y dirigente] del Frente Único de Trabajadores del Volante del Distrito Federal [...]. Miguel Ángel Velasco se inició como panadero en Jalapa [...], participó, en los años 1924–1926, en la Federación de Trabajadores de Córdoba (Veracruz) y después en la Federación de Trabajadores de la Región de Tehuacán [...]. A iniciativa de muchos de los mencionados se formó, en 1928, la Central Sindical Unitaria de México (CSUM) con pocos sindicatos, pero cuyos miembros habían seguido sin excepción una línea política similar [...]. A partir de la presidencia provisional de Portes Gil en 1929, los comunistas fueron perseguidos con encono lo cual obligó a sus miembros a convertirse en revolucionarios de tiempo completo. Como tuvieron que abandonar sus centros de trabajo habituales, comenzaron a extender su trabajo de organización sindical a distintas regiones y centros obreros de la República.³

Era el PCM, en lo que respecta a sus dirigentes, un partido de auténticos obreros, pero después de haber manifestado su desconfianza inicial hacia Cárdenas, expresada en la consigna “ni con Calles ni con Cárdenas”, cambió de parecer y decidió apoyarlo. Razones para justificar dicho cambio de orientación, no faltaron. En su diagnóstico sobre la realidad nacional, el PCM consideró que la postulación de Cárdenas como candidato oficial a la presidencia de la República estaba determinada, en cierta medida, por el auge del movimiento obrero/campesino por la renovación política del país. La rectificación del PCM a favor de una colaboración con el régimen se basaba en un diagnóstico optimista: con Cárdenas –creyó dicho Partido– las élites nacional/revolucionarias daban una clara señal de querer llevar a cabo una política de acercamiento con el pueblo y mostraban su disposición para luchar contra el imperialismo.

Los comunistas percibieron en Cárdenas a un representante de la pequeña burguesía nacionalista y descontenta con los métodos del general Plutarco Elías Calles. A este último le atribuían la creación de una “burguesía burocrática”, formada por políticos y militares enriquecidos al

amparo de los puestos públicos. La imagen de Cárdenas era la de un personaje sensible y receptivo al descontento reinante entre las masas trabajadoras, y las señales que mandó a los comunistas, no hicieron más que fortalecer su confianza en él. Ordenó la liberación de todos los militantes del PCM encarcelados durante el maximato callista en las Islas Marías, entre ellos, el escritor y filósofo José Revueltas, y decretó el cese a las persecuciones contra miembros del mencionado Partido, abriéndoles las puertas para salir de la clandestinidad. El PCM y otras organizaciones obreras no habían dejado de presionar con fuerza al gobierno de Abelardo L. Rodríguez para lograr la liberación de Revueltas y otros dirigentes comunistas. El 12 de julio de 1934 el Bloque Obrero Campesino Nacional exigía la inmediata libertad de José Revueltas, José de Arcos, Prudencio Salazar y Francisco García, deportados al penal de las Islas Marías, por el delito de ayudar a organizaciones obreras, entre las cuales destacaban, los camioneros de Azcapotzalco (DF) y los obreros de la compañía petrolera "El Águila en la Ciudad de México, en su lucha por el pago del salario mínimo decretado por el presidente de la República. Esas agrupaciones obreras decían no poder sentirse sosegadas, mientras se encarcelaba a sus compañeros que cumplían con la justa misión de luchar con las masas trabajadoras".⁴

Cuando Lázaro Cárdenas asumió el poder en septiembre de 1934, esos reclamos obrero/comunistas fueron atendidos favorablemente. Se entiende, entonces, no sólo la confianza, sino también las grandes esperanzas que despertó Cárdenas entre los comunistas. Éstos consideraron que se podía establecer una alianza entre pueblo y gobierno sobre la base de luchar por objetivos definidos. Si Cárdenas prometía rescatar y llevar los ideales originales de la Revolución Mexicana, si garantizaba el respeto absoluto al derecho de huelga, a la libre organización de los trabajadores y prometía, además, cambiar el rumbo antipopular y represivo de la política del general Calles, entonces no había razón para que el PCM se negara a aportar su experiencia organizativa y su militancia para servir a la misma causa: cumplir los postulados de la revolución. PCM y Estado se dispusieron a luchar juntos por la independencia de la nación, por la educación socialista y contra los enemigos comunes: los terratenientes, la Iglesia,

los capitalistas, los imperialistas y los reaccionarios de derecha fascistas o nazifascistas. El PCM no encontró dificultades para identificarse con el impulso nacionalista y populista del gobierno cardenista. Pero la alianza, que parecía en principio correcta y justa, devino en una entrega incondicional de la dirección del movimiento popular a los intereses de la burguesía nacional y del Estado revolucionario.

De acuerdo a una autocrítica de José Revueltas, el PCM de aquellos años “asume la ideología democrático-burguesa de la Revolución Mexicana”, sobre todo en lo relativo a la reforma agraria. La promesa de repartir la tierra entre los campesinos e indígenas, aun afectando a los grandes propietarios —cuyos representantes más influyentes eran norteamericanos, españoles, ingleses y alemanes—, daría a la reforma el carácter nacionalista de rescate de las riquezas de manos de extranjeros. Éstos, siendo ciudadanos de naciones cuyos gobiernos tenían la capacidad de responder ante eventuales afectaciones, adquirieron mucha fuerza en sus reclamos y exigencias de indemnizaciones. La consecuencia parecía lógica: el reparto agrario requería que el pueblo y sus organizaciones movilizadas apoyaran al gobierno de Cárdenas y a la burguesía nacional por él representada para defender la soberanía nacional amenazada. Si el pueblo no apoyaba y seguía su propia lógica de lucha haciendo huelgas o tomando la tierra, se provocaría un enfrentamiento con el gobierno nacionalista, del cual tanto uno como el otro saldrían debilitados en su enfrentamiento con el enemigo principal: el imperialismo. El PCM optaba por alinearse a la visión e intereses del Estado.⁵

El nacionalismo cardenista le presentó al pueblo ofertas precisas de identificación y movilización colectivas. La lucha por la tierra y el antiimperialismo se convirtieron en elementos aglutinantes que lograron unir a las masas bajo la dirección ideológica y política del Estado. Este nacionalismo respondió a la necesidad de fortalecer el orgullo de un país débil enfrentando a poderosos intereses extranjeros, que ponían en cuestión los fundamentos de su existencia como nación soberana. Por eso ya desde los años veinte, según Revueltas, el PCM dedicó lo mejor de su fuerza a organizar la revolución agraria burguesa. Por eso cuando durante el maximato el Estado abdicó oficialmente a continuar el reparto agrario, este

Partido reorientó su política de colaboración con el régimen y retomó el camino independiente de la lucha campesina por recuperar la tierra. El apoyo que dio el PCM, en los años veinte, a la burguesía personificada sucesivamente por los presidentes Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles —a quien parte del movimiento obrero celebraba como a su mejor amigo—, se terminó con el giro antiagrarista característico del periodo conocido como el “maximato” (1928-1934). La radicalización de la Revolución con el presidente Cárdenas coincidió con una etapa muy activa del PCM en la organización de sindicatos obreros y campesinos. Cárdenas y sus amigos de izquierda, apunta Revueltas, “estaban tiñendo a la revolución democrática—burguesa de un tinte socializante y anarcoide, para facilitar la enajenación de la clase obrera y la conquista de la hegemonía por la clase burguesa”.⁶

Cárdenas no se confundía. Podía hablar de una educación socialista o podía llamar a las masas a organizarse en vistas de una eventual toma del poder, pero lo realmente importante fue conseguir sujetar de pies y manos la voluntad, la conciencia y la organización de las masas. La obnubilación nacionalista del PCM contribuyó en gran medida al éxito de la política de masas del cardenismo. Facilitó la implantación de un doble control estatal sobre el movimiento de las masas, tanto como dominio político sobre sus líderes y como hegemonía de la ideología nacionalista. Se logró poner el interés superior de la nación por sobre cualquier otra consideración, que como el interés de clase fue considerado “egoísta” y, en ese sentido, “antinacional”. A lo que más aspiró el PCM de entonces fue a convertirse, sin ningún éxito, en el ala izquierda del partido oficial que se apropió de la terminología soviética —no olvidemos el prestigio que en ese entonces había ganado la Revolución bolchevique en la imaginación de las masas de todo el mundo—, para agregar a su nombre oficial (Partido de la Revolución Mexicana) el subtítulo de “partido de obreros, campesinos y soldados”, con lo cual facilitaba su identificación como Frente Popular Antifascista para la circunstancia mexicana.⁷

Presos también de un dogmatismo servil ante los lineamientos de la Comintern, los comunistas mexicanos iban de un extremo al otro. Así de la política radical durante el maximato expresada en la consigna “clase contra clase”, se sometieron sin oponer serias resistencias a la línea de

“unidad a toda costa” y del “frente popular”, que los obligó a someterse al gobierno cardenista. De esta manera, en el marco de la nueva central obrera (CTM) se discutía sobre el carácter que tendría el frente popular. En esa oportunidad el PCM mostró, de acuerdo a la expresión de Miguel Ángel Velasco, “un muy escaso nivel político”.⁸ Enfrente tenían los comunistas a un contrincante muy calificado: el licenciado Vicente Lombardo Toledano. Él consiguió imponer al PCM la visión de que el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) representaba una alianza antifascista similar a los frentes populares europeos. Los comunistas se convencieron de que, apoyando a Cárdenas, se cumplirían las promesas de reforma social, y además, su papel dentro de esa alianza les permitiría impulsar la transformación socialista de México.⁹

Los dirigentes del PCM sintieron su incapacidad teórica para enfrentar las presiones y debatir los planteamientos de la Comintern, por eso terminaron por aceptar su reintegración a la CTM, luego de que en abril de 1937, los sindicatos de industria más importantes habían decidido salir de la central en protesta contra las prácticas autoritarias y corruptas de Lombardo y el grupo de Fidel Velázquez. Cuando, en junio de 1937, a petición de Lombardo, Earl Browder, secretario general del PC de Estados Unidos y enviado de la Comintern participó ante el pleno del Comité Central del PCM, “la unidad a toda costa” se impuso para obligar a un humillante retorno del PCM al seno de la CTM. Valentín Campa narra lo acontecido en los siguientes términos:

Browder intervino en el pleno de junio (1937). Habló con Hernán (Laborde) durante varias horas, a quien convenció de que el pleno presentara la política de unidad a toda costa, la cual implicaba subordinación a Lombardo, y como Lombardo estaba subordinado a Cárdenas se sobreentendía que nos subordinaríamos al gobierno [...]: no había que atacar a nadie del gobierno de Cárdenas porque eso lo debilitaba en el momento en que lo importante era reforzarlo ante el imperialismo [...]. El pleno se desarrolló en un ambiente muy difícil. Varios no estuvimos de acuerdo con la línea de unidad a toda costa, pero como no teníamos capacidad teórica para defender nuestra posición, lo hacíamos de forma intuitiva [...] teníamos una concepción fetichista de la disciplina [...] y

una actitud fetichista ante la Internacional Comunista [...] sobre todo por nuestra incapacidad teórica y por el ambiente que había entonces [...] estábamos en contra [...] pero la mayoría absoluta del pleno resolvió adoptar la nueva política de unidad a toda costa.¹⁰

Además de ello, declaraba Miguel Ángel Velasco,¹¹ los comunistas tendieron a idealizar a Cárdenas, lo imaginaban una especie de soñador interesado en la unidad de la clase obrera en el ámbito mundial, y en consecuencia, cayeron seducidos ante su personalidad carismática. El propio Cárdenas no dejaba de insistir en el papel fundamental que la unificación y organización de los trabajadores tendría para llevar adelante el progreso revolucionario de la nación. Halagaba a los trabajadores diciéndoles que ellos eran los “más celosos guardianes de la continuidad de la obra revolucionaria” de su gobierno. Y para no dejar dudas, se presentaba así mismo como “amigo y defensor” de los trabajadores para ayudarlos a lograr su “emancipación integral”.¹²

El prestigio y respeto que los comunistas habían conseguido, quedó de manifiesto cuando se eligió al Comité Ejecutivo Nacional de la CTM en febrero de 1936. Lombardo sería el secretario general; en eso hubo consenso; pero donde afloraron las disputas fue a la hora de elegir al secretario de organización, puesto clave con el que se iba a controlar la política de la CTM. Fidel Velázquez y Miguel Ángel Velasco compitieron por dicho puesto. Al primero lo apoyaba un conjunto de pequeños sindicatos, débiles y dispersos, mientras que al segundo lo preferían los grandes sindicatos de industria, los de mayor tradición combativa, como los petroleros, los minero/metalúrgicos, los ferrocarrileros, los tranviarios, los maestros y los trabajadores de las artes gráficas. Fidel Velázquez comprendía la importancia de la Secretaría de Organización para controlar las organizaciones afiliadas a la gran Central, por eso amenazó con abandonar la CTM, si se reconocía el triunfo democrático del comunista Velasco. Ante el chantaje de Velázquez, los comunistas decidieron retirar la candidatura ganadora de Velasco, pero el sindicato de electricistas encabezó la oposición a dicho acuerdo y negoció secretamente para ceder a Fidel Velázquez la muy preciada Secretaría. Las diferencias entre las facciones obreras se

profundizaron y en el IV Consejo Nacional de la CTM, celebrado en abril de 1937, la ruptura se hizo inevitable. Se delineaban las corrientes al interior del movimiento obrero: una de abierto colaboracionismo con el gobierno (Lombardo y Velázquez) enfrentada con aquella otra que abogaba por mayor independencia y por mecanismos democráticos.

Los sindicalistas no comunistas, igualmente empeñados en luchar contra las camarillas burocráticas corruptas, no podían entender las razones del PCM contenidas en la consigna de “unidad a toda costa”. Esa línea los condujo a ceder en todo ante los grupos que dentro del movimiento obrero representaban una línea de incondicionalidad absoluta hacia el gobierno, pero que además se caracterizaban por el uso de métodos gansteriles. No quedaba claro, que en razón de defender la patria del “peligro imperialista” o de la “amenaza nazifascista”, se debiera dejar la conducción de la más grande central de trabajadores en manos de Lombardo y de Velázquez. La CTM hizo su propia versión sobre las causas que provocaron la salida masiva de su seno de los más grandes sindicatos de industria. En el Informe del Comité Nacional de la CTM, para los años 1936-1937, se lee lo siguiente:

Por haber olvidado el carácter de frente único sindical que tiene la CTM [...], los elementos del Partido Comunista Mexicano que forman parte de algunos sindicatos confederados, pretendieron hacer valer sus propios puntos de vista sobre las determinaciones de los cuerpos sindicales, y se esforzaron por controlar la dirección de las organizaciones, de un modo mecánico, lo cual produjo una seria división en el seno de la CTM, que culminó con el abandono de la asamblea del IV Consejo Nacional, celebrada en abril de 1937, por parte de las agrupaciones en las que tenían influencia los miembros del mismo partido [...] el IV Consejo Nacional decidió dar un plazo a las organizaciones disidentes para que aceptaran como legítimos sus acuerdos [...] e hizo un llamado a los trabajadores comunistas para que [...] se sujetaran sin condiciones a los acuerdos de los órganos directivos de las instituciones sindicales, por encima de sus compromisos partidistas [...]. El Pleno del Comité Central del Partido Comunista Mexicano, celebrado del 26 al 30 de junio de 1937, reconoció sus errores [...] y aseguró al Comité Nacional de la CTM su cooperación leal para

fortalecer la unificación en su seno y para hacer respetar los acuerdos de sus instituciones representativas. Poco después del Pleno antes mencionado, regresaron a la Confederación las agrupaciones separadas, habiéndose restablecido la unidad, lo que ha permitido a la CTM enfrentarse con todo éxito con los grandes problemas que preocupan al pueblo de México.¹³

En la resolución adoptada por el Pleno de junio de 1937 del Comité Central del PCM, que llevó por título “¡Unidad a toda costa!”, los comunistas asumieron ser los responsables de la división sufrida por la CTM, dando con ello la razón al grupo de Lombardo y de Velázquez. Se trató de un acto de verdadera contrición típica del comunismo estalinista, el PCM se disculpó incluso por haber “maltratado” a Lombardo y a Velázquez y se avergonzó por haber debilitado al movimiento mundial contra el fascismo. Su “autocrítica” llevó a los comunistas a manifestar su disposición de apoyar sin restricciones al presidente Cárdenas en su defensa de la soberanía nacional ante los embates del imperialismo. Para ellos, “la unidad a toda costa” significó salvar la unidad de la CTM y asegurarle a Cárdenas su incondicionalidad. Terminaron humillándose ante Lombardo; le pidieron perdón por haberlo “alarmado y ofendido”. Justificaron tal actitud, reconociendo el “valor revolucionario” de mantener la unidad, a la que se debe subordinar absolutamente todo. En conclusión, el PCM prometió respetar los acuerdos del IV Consejo de la CTM y reconoció la autoridad del “compañero” Lombardo.¹⁴

El PCM llegó a representar una alternativa real e independiente a la política de control instrumentalizada por el Estado; todo eso se evaporó ante consideraciones de carácter nacionalista, en las que se conjugaban tanto la ideología de la Revolución Mexicana como los intereses de la potencia soviética por defender al socialismo en un solo país. Desde las perspectivas nacional/revolucionaria y del internacionalismo soviético se trataba de evitar cualquier tipo de molestia a las burguesías nacionalistas no fascistas, procurando, con ello, que la revolución popular en otros países abortara en aras de defender a las burguesías nacionalistas, que eran vistas por la Comintern como aliadas en la lucha mundial contra el fascismo. La reordenación nacionalista del PCM a favor del gobierno de Cárde-

nas, pretendió impulsar las reformas prometidas para nacionalizar las industrias en poder del capital imperialista. La necesidad de mantener la independencia de clase del movimiento de masas pesó menos que la necesidad de aglutinar, a cualquier costo, la fuerza del pueblo en torno a la figura del presidente Cárdenas. Sólo así se pensaba el pueblo influiría sobre la política nacionalista del gobierno. Sólo manteniendo la unidad a toda costa, la nación podría salvar su soberanía, aunque eso implicaba dejar las manos libres a los líderes obreros gobiernistas.

No fue fácil para los comunistas romper con la corriente burocrática oficialista de Lombardo y con el mismo gobierno de Cárdenas. De haber seguido una línea independiente se habrían enfrentado a una doble condena: 1) al interior de la nación, el PCM hubiese sido condenado por “traicionar a la patria”, y 2) la Comintern habría considerado una anatema, una herejía imperdonable no plegarse a la política de “unidad a toda costa” y del “frente popular”.

Los comunistas mexicanos, tal vez ingenuos, pero ciertamente dogmáticos y disciplinados, no habrían soportado ser acusados de “pecados” tan insoportables. La defección del PCM ocasionó la desmoralización del movimiento obrero, pues renunció a asumirse como dirección independiente y dobló las manos ante Lombardo sin dar batalla; se reafirmaron entonces las premisas de una cultura política caracterizada por la desconfianza intuitiva hacia la política y hacia los partidos, pero igualmente determinó el desprestigio creciente e irremediable de la corriente comunista entre los trabajadores mexicanos.

El PCM, gustoso y abnegado, le hizo el trabajo sucio al Estado. Entregó al control corporativo del Estado la organización de obreros y campesinos, ofrendó la vida de cientos de maestros para la realización del proyecto demagógico de la educación socialista, mandó a sus militantes a enfrentar la reacción de grupos profascistoides como las Camisas doradas y participaron activamente para desbaratar la rebelión en San Luis Potosí del general Saturnino Cedillo. Muchos y muy valiosos fueron los servicios desinteresados que los comunistas dieron al general Cárdenas y a la burguesía mexicana. Gracias a sus actos, propiciaron el éxito de la política de integración nacionalista de las masas trabajadoras. Así, Cár-

denas pudo someter a la CTM a su tutelaje para enfrentar al imperialismo en el marco de la política de rescate de los recursos nacionales. La unificación disciplinada de obreros y campesinos en la CTM y en la Confederación Campesina Mexicana, fueron servicios que los apologistas de Cárdenas olvidan cuando ensalzan las grandes cualidades de su caudillo. Los largos años de “estabilidad y paz” política de los que siempre presumió el sistema nacional/revolucionario, deben abonarse a la cuenta del PCM y su política de alianzas con el gobierno “amigo y defensor” del pueblo, impuestas por la Comintern.

La política de la Comintern a partir de 1927, después de la expulsión de Trotsky y de la eliminación de la oposición interna a Stalin en el partido bolchevique, servía a los intereses nacionales de la Unión Soviética, que se revelaron como más importantes que el desarrollo de la revolución popular en otros países. La Internacional Comunista se convirtió en poderosa arma de penetración política para imponer a los partidos comunistas, la política de alianzas con las burguesías nacionales que más convenía a la consolidación del “socialismo en un solo país”. Para dar un ejemplo al respecto, José Revueltas explicaba cómo la Unión Soviética y la Comintern a su servicio, con tal de conseguir el reconocimiento diplomático de los Estados Unidos, no se tentaron el corazón para hacer abortar, con la consigna de implantar los soviets, la rebelión en El Salvador, cuyos costos fueron pagados con la vida de miles de indígenas y campesinos.¹⁵

Podemos suponer un paralelismo o coincidencia en los proyectos de construcción nacionales de la Rusia de Stalin con los de las burguesías de países coloniales como México. A final de cuentas, la política del PCM en los años cruciales del cardenismo —cruciales tanto para la consolidación del poder nacional/revolucionario, como para el avance del movimiento de masas—, puso a los trabajadores al servicio del nacionalismo antiimperialista de Cárdenas. Se cortó de tajo cualquier posibilidad para que obreros y campesinos recuperaran la autonomía e independencia de sus organizaciones, y su conciencia quedó enajenada a la hegemonía de la ideología nacionalista. Los líderes gansteriles se apropiaron de la CTM y eternizaron su permanencia en el poder. El desarrollo posterior de esta Central transformó a los sindicatos obreros, otrora combativos, en dóciles

órganos del Estado para asegurar el sometimiento y control de los trabajadores. Con la CTM, la nación se aseguraba la incondicionalidad de la organización obrera hacia el Estado, confirmando con ello, un régimen autoritario, gansteril y represivo que ha sido uno de los grandes obstáculos para el desarrollo de una cultura democrática en México.

NOTAS

¹ Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, Ediciones Era, México, 1996, p. 62.

² *Ibidem*, p. 64.

³ Alicia Hernández Chávez, *La mecánica cardenista. Historia de la Revolución Mexicana 1934-1940*, vol. 16, El Colegio de México, México, 1979, pp. 136-137.

⁴ “Carta del Bloque Obrero Campesino Nacional al presidente Abelardo L. Rodríguez”, Archivo General de la Nación, Fondo Presidente Cárdenas, expediente 542.22/1, caja 818.

⁵ “Entrevista con José Revueltas (11 de agosto de 1972), en Anguiano, Arturo, *Cárdenas y la izquierda mexicana*, Juan Pablos Editor, México, 1975, pp. 75-85.

⁶ *Ibidem*.

⁷ “Entrevista a Miguel Ángel Velasco (febrero de 1972)”, en Anguiano Arturo, *op. cit.*, pp. 100-112.

⁸ *Ibidem*.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ “Entrevista a Valentín Campa (5 de agosto de 1972)”, en Anguiano, Arturo, *op. cit.*, pp. 148-149.

¹¹ “Entrevista con Miguel Ángel Velasco”, *op. cit.*, p. 86.

¹² “Discurso del General Lázaro Cárdenas, candidato a la presidencia de la república del PRM ante miembros de la Cooperativa de Carboneros del Estado de Campeche, 8 de marzo de 1934”, en Palabras y documentos políticos de Lázaro Cárdenas, vol. 1, Siglo XXI, México, 1978, pp. 117-118.

¹³ CTM, Informe del Comité Nacional 1936-1937, México, febrero de 1938, pp. 15-16

¹⁴ “¡Unidad a toda costa!”, resolución adoptada por el Pleno de junio de 1937

BAJO EL VOLCÁN

del Comité Central del Partido Comunista Mexicano, en Anguiano Orozco, Arturo, Cárdenas y la izquierda mexicana, Juan Pablos Editor, México, 1975, pp. 297-307.

¹⁵ "Conversación con José Revueltas (11 de agosto de 1972)", *op.cit.*, pp. 192-193.